

MARK TWAIN

44

EL FORASTERO MISTERIOSO

colección rara avis



TUSQUETS
EDITORES

MARK TWAIN
44
El forastero misterioso

Traducción del inglés
de Esther Cross

Cuenta la leyenda que Mark Twain tenía un hermano gemelo en su infancia. Para diferenciarlos le ataban a cada uno una cinta a la muñeca de un color diferente. Un día los dejaron solos en la bañera y uno se ahogó. El chapoteo en el agua había desatado las cintas, de manera que nunca se supo a ciencia cierta cuál de los dos había muerto. «Desde entonces no sé si yo soy yo o mi hermano», dicen que remataba siempre la anécdota él. Pero ya en vida de Mark Twain había tantas historias apócrifas sobre su persona que él no sólo comisionó a su propia hija que escribiera una biografía aclarando las falsedades (cuando ella tenía dieciséis años) sino que, para no ser menos, encaró él mismo la escritura de dos autobiografías, una para consumo estrictamente doméstico (de la que hizo una edición príncipe de dos ejemplares) y otra que dejó guardada bajo siete llaves, con la orden de que se publicara cien años después de su muerte. En el interín inspiró veinticinco biografías «serias», que se contradicen sin pudor, quizá para ser fieles a lo que él mismo declaró alguna vez: «Mark Twain es un hombre hecho de partes, pero no todas pertenecen al mismo rompecabezas».

Hasta sus fechas de nacimiento y muerte parecen uno de sus famosos epigramas (en 1909 había declarado: «Vine al mundo con el cometa Halley en 1835, espero irme con él cuando vuelva a pasar por la Tierra el año que viene», y efectivamente murió al año siguiente). A los doce años, luego de la muerte de su padre, el joven Samuel Clemens dejó la escuela y entró a trabajar como aprendiz en una imprenta, luego fue grumete en aquellos barcos de rueda que recorrían el Mississippi, y de ahí viene su seudónimo literario: su trabajo consistía en acostarse en la proa y medir la profundidad del río con una soga y una plomada: «Mark Twain» («Marca veinte») era la manera de anunciar que las aguas eran navegables. Sabemos que evitó la Guerra Civil porque no quería pelear del lado de los esclavistas, que partió a Nevada tentado por su hermano, en plena fiebre del oro, y que ponerse a escribir fue el Plan B cuando fracasó el Plan A.

El periodismo le dio dinero y alta exposición. Los diarios se peleaban por sus crónicas, fueran sobre las fronteras del Oeste o Nueva York o Tierra Santa. En 1870 se casó con Olivia («Livy») Langdon, tuvo tres hijas y un varón que murió de difteria a los dos años. Con sus tres hijas y su esposa se mudó a un castillo en Hartford, Connecticut, que pagó con las ganancias de su libro *La edad dorada*, donde retrataba la codicia de los millonarios norteamericanos. A partir de entonces comenzó su propia edad dorada: publicó en rápida sucesión *Príncipe y mendigo*, *Aventuras de Tom Sawyer* y *Aventuras de Huckleberry Finn* (lo que llevó a William Faulkner a declarar, cincuenta años después: «Toda la

literatura norteamericana viene de los bolsillos del chaleco blanco de Mark Twain») y también dio rienda suelta a su falta de criterio comercial: además de dilapidar gran parte de su fortuna financiando inventos que invariablemente fracasaban, llevó a la quiebra su propia editorial, algo que parecía imposible luego de los dos exitazos con que la había iniciado poco antes (su *Tom Sawyer* y las *Memorias* del general Grant).

Por esta razón, a los cincuenta y seis años debió salir de nuevo a los caminos, a dar conferencias y escribir para los diarios que le pagaran más. En 1891 aceptó una gira por Europa que le permitiría pagar sus deudas y rescatar su castillo. Partió con su esposa, sus hijas y una novela que estaba escribiendo. Ninguno de sus libros hasta entonces le había llevado más de seis meses; éste le llevaría trece años, puntuados por una serie de desgracias.

La idea inicial de Twain era contar una visita del joven Satán a la Tierra. Luego decidió que el joven Satán debía llegar al Mississippi y encontrarse con Tom Sawyer y Huck Finn. Dos veces abandonó la historia. La primera cuando su hija favorita, Susy, murió de meningitis en Hartford (había viajado a ver en qué condiciones estaba la casa familiar, porque Twain calculaba terminar de pagar su deuda en breve; la encontraron muerta en esa misma casa, sola; dejó una carta ilegible de 47 páginas). Y la segunda cuando su esposa Livy murió en el palacio que alquilaban en Florencia (porque la propietaria del palacio, la condesa Massiglia, prohibió que la enferma yaciera en el dormitorio principal, por temor a futuros contagios).

Enloquecido de pena, furioso contra la religión en general y contra la Ciencia Cristiana en particular (su hija Susy se había puesto en manos de Mary Baker Eddy, la fundadora de la Christian Science), Twain reformuló la novela que estaba escribiendo: ahora no hablaba del Diablo sino sobre Lo Oscuro, aquello que yace en el fondo de todos nosotros, lo que vemos y lo que no vemos de nosotros mismos. Twain mezcló la idea del doble con lo autobiográfico y la picaresca con la mística: usando sus recuerdos juveniles como aprendiz de impresor (en inglés, *printer's devil*) y su estadía en Europa, ambienta su novela en un castillo de Austria, en los primeros tiempos de la imprenta, cuando la Inquisición aún castigaba con la hoguera todo lo que pareciese brujería. En ese castillo hay un taller de imprenta, adonde se presenta en las primeras páginas un misterioso aprendiz llamado 44.

Antes de partir a Europa, Twain se había fascinado con los hermanos siameses Chang y Eng cuando los vio en el circo Barnum & Bayley. En sus diarios imaginaba a uno borracho mientras el otro bebía, a uno pensando mientras el otro hablaba. Años más tarde, mientras escribía este libro, anotó en sus diarios: «Hay dos personas en nuestro interior: el que está despierto y el que aparece cuando dormimos, que se separa de nosotros y puede vagar por donde quiera, en busca quizá de la diversión que no nos permitimos durante la vigilia. Los actos y las palabras de una persona son sólo una ínfima parte de su vida. Su vida verdadera se da en su cabeza y ni siquiera esa persona la conoce. Todos los días, durante todo el día, el molino de su

mente muele y tritura esa masa que bulle sin descanso mientras duerme».

De eso trata 44, debajo de toda la parafernalia de época. Twain usó el libro como catarsis y como respiro de esa dolorosa catarsis: escondió, debajo de su proverbial encanto y maestría verbal, ese fuego negro que bullía en su interior contra la superstición, la codicia, la esclavitud, la prepotencia del poderoso y la propia ignorancia. Leerlo es ponerse en sus zapatos: uno puede deslizarse gozoso por su superficie como si patinara sobre hielo y al mismo tiempo puede ver con escalofríos los monstruos que yacen debajo de esa capa de hielo.

Twain dejó inédito el libro después de ponerle punto final en 1908. Sus últimos días fueron difíciles: su hija menor, Jean, murió de epilepsia y su única hija sobreviviente, Clara, abrazó la Ciencia Cristiana y se casó por esa iglesia. Seis años después de la muerte de Twain, su albacea y Clara publicaron una versión del libro que tuvo más éxito en traducción que en su país de origen (en nuestro idioma se conoció con el título *El forastero misterioso*). Hubo que esperar que la última hija del escritor pasara a mejor vida, casi medio siglo más tarde, para que se supiera que aquella versión había sido cercenada y manipulada por el albacea, Albert Bigelow Paine, con la anuencia de Clara y la ayuda de un editor religioso llamado Frederick Duneka. Este suprimió el 25 por ciento del texto (las «profanidades» según él), inventó un personaje que era astrólogo y le adjudicó torpemente todas las acciones que en el libro realizaba el maligno cura Adolf y todas las sospechas sobre lo diabólico que estremecen a los cándidos personajes del libro.

Lamentablemente, cuando 44 por fin se publicó fue en una editorial universitaria muy seria de California: nadie ajeno al mundo académico se enteró, razón por la cual hasta el día de hoy son más los lectores que conocen *El forastero misterioso* que los que saben de la existencia de 44. El último gran libro de Mark Twain lleva un siglo escondido debajo de una copia vil, que huele a santurronería y a humo de Inquisición. De manera que es un acto de justicia, además de una celebración, darlo por fin a conocer, en esta impecable traducción de Esther Cross.

JUAN FORN

(Conocí la historia de 44 una noche de tormenta en Gesell. Me la contó, por mail, un ser único que tenemos en este pueblo, llamado Miguel Berger. Miguel es un sabio silencioso, pero a veces lo rebelan ciertas cosas, y se ve que esa noche pasó eso. Así que esta edición de 44 está dedicada a tu santa furia, Miguel.)

44

El forastero misterioso

Antiguo relato hallado en un
jarro y contado a boca de jarro

CAPÍTULO 1

Fue en el invierno de 1490. Austria estaba alejada del mundo, y dormida. La Edad Media continuaba y prometía quedarse para siempre. Algunos retrocedían unos cuantos siglos más y calculaban que, según el reloj mental y espiritual, Austria estaba todavía en la época de las Cruzadas. Pero lo decían sin ofender, como un elogio, y nosotros lo tomábamos bien y nos sentíamos halagados. Me acuerdo perfectamente aunque sólo era un niño. Y también recuerdo cuánto me gustaba.

Sí, Austria estaba alejada del mundo, y dormida, y nuestra aldea se encontraba en medio de ese sueño porque estaba en el centro de Austria. Descansaba tranquila, aislada en la soledad profunda de las montañas y los bosques, donde las noticias del mundo casi nunca alcanzaban a perturbar sus sueños, y era inmensamente feliz. A sus pies fluía el río apacible, con las aguas pintadas por las formas de las nubes y los reflejos de los grandes botes y las barcazas que pasaban. Detrás se alzaba una pendiente arbolada que llegaba hasta el fondo de un elevado precipicio. En la cima del precipicio se asomaba, amenazante, el gran castillo de Rosenfeld, con sus torres y bastiones cubiertos de enredaderas. Al otro lado del río, había una extensión irregular de colinas

tapizadas de bosques, surcada por desfiladeros sinuosos, nunca tocados por el sol. A la derecha había un precipicio que daba al río, y entre éste y las colinas se abría una vasta llanura salpicada por casas emplazadas entre huertas y árboles frondosos.

La región abarcaba varios kilómetros y había sido heredada por el príncipe Rosenfeld. Sus sirvientes mantenían el castillo en perfectas condiciones para vivir aunque ni él ni su familia venían más de una vez cada cinco años. Cuando venían, era como si llegara el señor del mundo y trajera con él las glorias de su reino. Cuando se iban, dejaban una calma parecida a la del sueño profundo que sigue a las orgías.

Eseldorf* era un paraíso para los niños. No nos molestaban demasiado con los estudios. Nos educaban, más que nada, para que fuéramos buenos católicos y veneráramos a la Virgen, la Iglesia y los Santos por sobre todas las cosas; para que reverenciáramos al Monarca con temor sagrado, lo nombrásemos con el corazón en la boca, nos descubriésemos ante su imagen y reconociéramos que él era el bondadoso proveedor de nuestro pan de cada día y de todas las bendiciones terrenales porque nosotros habíamos venido al mundo para cumplir con la misión de trabajar por él, sangrar por él y, si era necesario, morir por él. No pretendían que supiéramos mucho más, y de hecho no nos dejaban. Los curas decían que el conocimiento no era bueno para la gente común porque podía conducir a la disconformidad con los designios de Dios, y que Dios no toleraba la discon-

* *Eseldorf*: en alemán, «pueblo de burros». (*N. de la T.*)

formidad con Sus planes. El Obispo se lo había dicho a los curas, así que era cierto.

La disconformidad estuvo a punto de dejar en la ruina a Gretel Marx, la viuda del lechero, que tenía dos caballos y un carro y llevaba leche a la feria del pueblo. Una mujer husita* de nombre Adler vino a Eseldorf y se dedicó a embaucar a la gente. Primero convenció a algunos ignorantes y estúpidos para que fueran en secreto de noche a su casa y escucharan «el *verdadero* mensaje de Dios», como decía ella. Era una mujer astuta y seleccionó a los pocos que sabían leer. Los aduló, les hizo creer que eso demostraba su inteligencia y que sólo los inteligentes podían entender su doctrina. Llegó a reunir a diez y los fue envenenando noche a noche en su casa con sus herejías. Les entregó los sermones husitas, todos por escrito, para que los guardaran, y los convenció de que leerlos no era pecado.

Un día pasó el padre Adolf y encontró a la viuda Marx sentada a la sombra del castaño que había junto a su casa, leyendo estas iniquidades. El padre Adolf era un sacerdote gritón, ferviente y enérgico, y trataba de ganar renombre porque quería llegar a ser obispo. Se lo pasaba espiando y vigilando atentamente los rebaños ajenos y los propios. Era disoluto, profano y maligno pero en general se pensaba que, de no ser por eso, era un buen hombre. Y tenía talento, sin duda. Era un ora-

* Los husitas, seguidores de Jan de Hus, estaban a favor de la libertad de prédica, de la pobreza en el clero y del castigo de los pecados mortales a todos los miembros de la sociedad, sin distinción de rangos. Eran considerados herejes. Hus murió en la hoguera en 1415. (*N. de la T.*)

dor elocuente y vivaz. Podía decir cosas sumamente mordaces e ingeniosas, y a veces medio vulgares —esto lo decían sus enemigos y era tan cierto de él como de otros, pero el padre Adolf integraba el consejo de la aldea, donde actuaba como amo y señor y hacía todo tipo de tramoyas para salirse con la suya, así que los otros se vengaban poniéndole sobrenombres en secreto. Le decían «toro de pueblo», «buscapleitos» y cosas por el estilo, como era de esperarse, porque cuando alguien se mete en política se mete en un nido de víboras, como dice el refrán.

El padre Adolf venía caminando por el sendero, luego de beberse varios jarros. Se sentía bien y canturreaba «alabemos al vino y a las doncellas» con su voz potente de bajo, cuando vio a la viuda Marx concentrada leyendo su libro. Se detuvo frente a ella y se quedó ahí, balanceándose y mirándola de refilón con sus ojos saltones. Su cara roja y gorda estaba transpirada. Hizo una mueca de disgusto y dijo:

—¿Qué tiene ahí, Frau Marx? ¿Qué lee?

Ella le mostró. Él se inclinó y echó un vistazo, después le arrancó los escritos de la mano y ordenó con ira:

—¡Quémelos, quémelos, idiota! ¿No sabe que leer esto es pecado? ¿Quiere condenar su alma? ¿De dónde los sacó?

Cuando ella le contó, el padre Adolf dijo:

—Es lo que pensé. Ya me voy a ocupar de esa mujer. Le voy a hacer la vida imposible. Usted va a sus reuniones, ¿verdad? ¿Y qué le enseña, le enseña a adorar a la Virgen?

—No, sólo a Dios.

—Lo sabía. Usted se va a ir al infierno. La Virgen va a castigarla por esto. Acuérdesse de lo que le digo.

Frau Marx se asustó. Quiso justificarse, pero el padre Adolf le dijo que cerrara la boca y siguió atormentándola. Le contó lo que le haría la Virgen hasta que, a punto de desmayarse de miedo, ella se arrodilló y le rogó que le dijera qué hacer para que la Virgen la perdonara. El padre Adolf le impuso una dura penitencia, la sermoneó un poco más y después retomó su canto donde lo había interrumpido y se alejó balanceándose en zigzag.

Pero la viuda Marx reincidió a la semana y volvió una noche a la reunión de Frau Adler. ¡Cuatro días después, exactamente, murieron sus dos caballos! Corrió a ver al padre Adolf, arrepentida y desesperada. Gritaba y lloraba, decía que estaba en la ruina y que se moriría de hambre porque, ¿cómo podría vender ahora su leche? ¿Qué tenía que hacer? Por favor que el padre Adolf le dijera qué hacer.

—Le dije que la Virgen la castigaría, ¿no? ¡Por Dios! ¿Creyó que mentía? La próxima vez me va a hacer caso, estoy seguro.

Entonces le dijo lo que tenía que hacer: encargar un retrato de los caballos, peregrinar hasta la Iglesia de Nuestra Señora de las Bestias, colgarlo y hacer sus ofrendas. Después tenía que regresar a casa, vender los cueros de los caballos, comprar un billete de lotería con la fecha de sus muertes como número y esperar pacientemente la respuesta de la Virgen. La respuesta llegó a la semana, cuando la viuda Marx ya se moría de desesperación. ¡El billete ganó mil quinientos ducados!

Así es como la Virgen recompensa una verdadera contrición. La viuda Marx no volvió a reincidir. Estaba tan agradecida que habló con las otras mujeres, les contó su experiencia para que entendieran que eran unas pecadoras y unas tontas y que estaban en peligro. Ellas arrojaron sus sermones al fuego, volvieron arrepentidas al seno de la Iglesia y Frau Adler tuvo que llevarse su ponzoña a otra parte. Fue la mejor lección, la más sana que recibió nuestra aldea. Se prohibió la entrada a los husitas y la Virgen, como recompensa, veló por la aldea, la cuidó personalmente y le brindó fortuna y prosperidad.

Cuando presidía funerales, el padre Adolf estaba en su esplendor, siempre que no tuviera demasiadas copas encima, sólo las necesarias para apreciar la sacralidad de su oficio. Era hermoso verlo desfilar con su procesión por la aldea, entre las filas de acólitos arrodillados, con un ojo puesto en las velas que brillaban amarillas al sol para asegurarse de que todos las mantuvieran en alto, y el otro ojo atento por si algún pobre idiota se distraía y se quedaba mirando sin descubrirse cuando pasaba la Hostia Consagrada. Entonces el padre Adolf le arrancaba el sombrero de la cabeza con un manotazo, con ese mismo sombrero le propinaba un golpe en la cara que lo dejaba tambaleando y gruñía:

—¿Dónde están tus modales, animal? ¡Está pasando el Señor Dios!

Cuando había un suicidio, el padre Adolf entraba en funciones para ocuparse de que el gobierno cumpliera con su deber y echara a la familia a la calle, confisca-

ra sus pocas pertenencias y no se quedara con nada de lo que le correspondía a la Iglesia. También estaba ahí a la medianoche, cuando enterraban el cuerpo en un cruce de caminos —no para encargarse del oficio religioso, claro, porque eso estaba prohibido, sino para asegurarse personalmente de que la estaca atravesara el cuerpo del suicida y quedara bien clavada, como correspondía.

Igual de impresionante era cuando desfilaba por la aldea en tiempos de plaga y ofrecía plegarias y velas a la Virgen con las reliquias de nuestros Santos en su cofre enjovado, a cambio de ayuda para terminar con la peste. Y, por supuesto, cada 9 de diciembre, el padre Adolf se presentaba en la cabecera del puente, para la Ofrenda al Diablo.

Nuestro puente de piedra era hermoso y macizo, tenía cinco arcos y setecientos años. Lo construyó el mismo Diablo en una sola noche. El prior del monasterio lo contrató para que lo hiciera, y le costó convencerlo porque el Diablo le dijo que había construido puentes para curas en toda Europa pero siempre lo habían estafado con el pago así que, si esa vez le hacían trampa, no volvería a confiar en ningún cristiano. Hasta entonces, cuando el Diablo construía un puente, había que pagarle entregándole el primer pasajero que lo cruzara. Todo el mundo sabía que el Diablo se refería a un cristiano. Pero como no lo *decía*, siempre mandaban primero un burro o un pollo o cualquier otro pasajero libre de cargo y culpa, y el Diablo salía perdiendo. Pero esa vez dijo *cristiano* y lo escribió él mismo en el contrato para que no hubiera ningún malentendido.

No es una leyenda; es historia, yo mismo vi el contrato muchas veces. Lo exhibían siempre el día de la Ofrenda al Diablo y lo llevaban hasta la cabecera del puente con la procesión. El que pagaba diez groschens podía verlo, además de obtener la absolución de treinta y tres pecados. En esos tiempos todo era más fácil que ahora y los pecados salían más baratos, tan baratos que todos, a excepción de los más pobres, podían costearlos. Así eran los buenos tiempos pero ya se han ido y, según dicen, no volverán.

Cuando el Diablo ofreció su contrato, el prior dijo que todavía no levantarán el puente pero que en breve concertaría la fecha —en una semana, quizás. Había en esos días un viejo monje que se debatía entre la vida y la muerte, y el prior pidió a quienes velaban por el moribundo que estuvieran atentos y le avisaran cuando vieran que el monje se moría en serio. Cerca de la medianoche del 8 de diciembre los veladores le avisaron, él convocó al Diablo y empezó a erigirse el puente. El prior y los hermanos se quedaron despiertos toda la noche y rezaron para que el moribundo recibiera fuerzas para levantarse y cruzar el puente al amanecer —las fuerzas necesarias, pero no demasiadas.

Las plegarias fueron atendidas y provocaron una conmoción tan grande en el cielo que todos los habitantes celestiales se despertaron antes del amanecer y se asomaron a mirar: nubes y nubes de ángeles colmaban el aire sobre el puente. El monje moribundo cruzó a los tumbos, apenas le alcanzaron las fuerzas para llegar al otro lado y cayó muerto, justo cuando el Diablo se adelantaba para apresarle. El alma del difunto se

escapaba pero los ángeles se abalanzaron y se la llevaron volando al cielo, entre risas y burlas, y Satán descubrió que se había quedado con un cadáver inútil en las manos.

Se enojó muchísimo y acusó al prior por el engaño. «*Esto* no es un cristiano», dijo. Pero el prior le contestó: «Sí que lo es; es un cristiano *muerto*». Entonces el prior y todos los monjes cruzaron el puente haciendo reverencias. Fingían dedicárselas al Diablo, para tranquilizarlo y reconciliarse con él, pero en realidad era para burlarse y desafiarlo. El Diablo los maldijo mientras ellos se reían sin parar. Después levantó una tormenta oscura de truenos, relámpagos y viento y salió volando, pero se le enganchó el aguijón de la punta de su cola en un alero del puente y dejó una grieta que quedó por los siglos de los siglos, como una prueba de lo que había hecho. Yo mismo la he visto miles de veces. Esas cosas son más elocuentes que los testimonios escritos porque los testimonios escritos pueden mentir, a menos que hayan sido asentados por un sacerdote. La falsa Ofrenda al Diablo se repite todos los 9 de diciembre hasta hoy, en conmemoración de esa idea bendita del prior, que así nos dio un puente y rescató a un alma cristiana amenazada por el Enemigo odioso de la humanidad.

Es cierto que el padre Adolf tenía sus defectos y que había curas preferibles en varios aspectos, pero en el pueblo lo respetaban y reverenciaban más que a ninguno porque él no le tenía miedo a Satán. Era el único cristiano que conocí del que realmente podía decirse

eso. Las personas lo miraban con temor y pensaban que era tan valiente y osado porque tenía algún poder sobrenatural. Todos los hombres reprueban severamente al Diablo pero lo hacen en tono respetuoso, sin impertinencia. El estilo del padre Adolf era muy distinto: le decía las cosas más viles y obscenas que se le ocurrían y quienes lo oían se quedaban temblando. Hasta se refería al Maligno con resentimiento y sorna. Entonces la gente se persignaba y le rehuía por temor a que les pasara algo temible. Era lógico porque, a pesar de lo que se diga de él, Satán es un personaje sagrado: lo mencionan en la Biblia y es mejor no pronunciar los nombres santos en vano, no vaya a ser que en el Cielo no les guste.

De hecho, el padre Adolf se encontró más de una vez cara a cara con Satán y lo desafió. Se sabe que fue así. Lo contó el mismo padre Adolf. Nunca lo mantuvo en secreto, lo decía abiertamente. Y había pruebas de que decía la verdad, al menos una de las veces, porque en esa ocasión peleó con el Enemigo, le arrojó intrépidamente un jarro de vino y la mancha rojiza quedó ahí, en la pared de su estudio, donde hizo impacto y se rompió.

Pero el cura que nosotros más queríamos y que más lástima nos daba era el padre Peter. El obispo lo había suspendido por andar diciendo que Dios era todo bondad y que encontraría una manera de salvar a *todos* sus pobres hijos humanos. Era algo terrible, no se hallaron pruebas contundentes de que el padre Peter lo hubiera dicho y además no iba con su personalidad porque era un buen cristiano, siempre fue bueno, gentil y sincero

y se limitaba a predicar desde el púlpito exactamente lo que la Iglesia requería y nada más. Cuando lo acusaron no fue por decirlo en el púlpito (en ese caso toda la congregación habría escuchado y testificado) sino afuera, en una conversación, y a sus enemigos les resultó fácil inculparlo. El padre Peter lo negó pero no importó. El padre Adolf quería quedarse con su puesto y le juró al obispo que alcanzó a oír al padre Peter cuando se lo decía a la sobrina mientras él escuchaba detrás de la puerta —porque sospechaba de la integridad del padre Peter, dijo, y los intereses de la religión requerían que él espíara.

Gretchen, la sobrina, lo negó y le imploró al obispo que le creyera y salvara a su viejo tío de la pobreza y la desgracia, pero el padre Adolf venía envenenando en secreto al obispo contra el anciano desde hacía tiempo, y el obispo se negó a escuchar a Gretchen porque admiraba mucho la valentía con que el padre Adolf enfrentaba a Satán cara a cara, y eso lo tenía sometido. El obispo suspendió al padre Peter por tiempo indefinido, aunque no se animó a excomulgarlo basándose en la evidencia de un solo testigo.

Ya hacía un par de años que no teníamos al padre Peter y el padre Adolf se había quedado con su rebaño. Fueron años duros para el viejo sacerdote y para Gretchen. Habían sido los favoritos del pueblo pero eso cambió, por supuesto, cuando cayeron en desgracia ante el obispo. Muchos de sus amigos se apartaron totalmente y el resto se mostraba frío y distante. Gretchen era una chica adorable, que tenía dieciocho años cuando empezaron los problemas. Era la más inteligente de la aldea y

lo aprovechaba al máximo. Enseñaba el arpa y pagaba su ropa y su pan con su propio trabajo. Pero ahora los alumnos se le iban uno tras otro. Los jóvenes de la aldea se olvidaban de ella cuando organizaban fiestas y bailes. Todos los muchachos dejaron de ir a su casa, menos Wilhelm Meidling —que tampoco hacía la gran diferencia. Gretchen y su tío vivían tristes y afligidos en su desgracia y abandono, y la luz del sol había dejado sus vidas. En esos dos años, las cosas fueron empeorando. La ropa se gastaba, cada día era más difícil ganarse el pan. Y ahora, para rematarla, había llegado el fin: Solomon Isaacs, que les había prestado dinero con la casa de ellos como garantía, acababa de notificarles que al día siguiente tendría que ejecutar la hipoteca.